

# Ponencia Política.

**V Congreso de Iniciativa.**  
València, 9 de junio de 2018

## INTRODUCCIÓN A LA PROPUESTA PARA LA PONENCIA POLÍTICA DE INICIATIVA

Para hacer una ponencia política que nos pueda servir de base para la gestión estratégica del futuro de Iniciativa es fundamental ser muy exhaustivos a la hora de hacer un análisis de la situación actual que vive el partido y la sociedad valenciana, sin miedo a la autocrítica, pero siendo realistas en lo que respeta a la realidad que vivimos.

Tenemos que hacerlo como Iniciativa dentro de Compromís y Compromís dentro de la sociedad valenciana y del estado español, en un marco europeo y general.

Iniciativa, como parte de Compromís, representa y tiene que ser garante de unos valores que, si no estuvieran presentes en la coalición, correrían el riesgo de diluirse o directamente perderse. Los valores éticos y morales de la izquierda política: la defensa de las personas, la honradez en la gestión pública, la transparencia, la defensa de la solidaridad entre pueblos, la ecología y otros muchos valores, tienen que ser nuestra seña de identidad propia que marque a Iniciativa dentro de la coalición Compromís.

Iniciativa tiene que llevar la esperanza del cambio y tiene que ser el voto ilusionante. Incluso en el seno de Compromís, Iniciativa tiene que buscar un votante distinto a los de los otros partidos de la coalición. Un voto que complemente a los otros, porque complementándose las 3 sensibilidades que ahora tiene Compromís, podremos obtener unos mejores resultados electorales. En Iniciativa tenemos que trabajar para ser capaces de obtener el voto de la ilusión en la nueva política, el voto de aquellos desencantados que ya no creían, en la nueva gente, abierta y honesta, y esto tiene que ser un valor que habrá que explotar. Igualmente, Iniciativa puede obtener votos en lugares y comarcas del País Valenciano donde, por su idiosincrasia, los otros partidos tienen más complicado hacerlo. Es este un valor que tendremos que trabajar igualmente para lograr nuevos hitos.

En la actualidad formamos parte importante de muchos gobiernos, tanto locales como autonómicos y somos partícipes de la toma de decisiones importantes en muchos ámbitos de gestión, lo cual significa que seguramente algunas de esas decisiones serán complicadas o difíciles de explicar. No por ello hemos de desistir de nuestra responsabilidad, pero sí que tenemos que ser transparentes y honestos a la hora de explicar a la gente nuestra gestión, sin miedo a dar la cara cuando las cosas no se puedan hacer tan pronto como la sociedad nos demanda, y con la valentía de dar la cara y hablar de tú a tú con las personas, y con más razón cuando sabemos que en el País Valenciano los medios cuando no son declaradamente hostiles contra Compromís, y por lo tanto contra Iniciativa, son muy reticentes a la hora de dar a conocer los éxitos de nuestros gobiernos.

Por eso, sin olvidarnos de trabajar en la mejora de nuestra estrategia de comunicación política, es necesario que todos nosotros salgamos a la calle, que seamos tanto como podamos embajadores de las políticas del cambio, que en el día a día, en el bar, en el trabajo y en la familia expliquemos nuestras políticas, que son las de los ayuntamientos que gobernamos, las

de la Generalitat donde compartimos la responsabilidad, y consigamos por nosotras mismas ser altavoz de nuestros objetivos conseguidos.

Igualmente es necesario tener presente que la sociedad valenciana viene de ser gobernada muchos años por la derecha, y todavía quedan muchos sectores estratégicos con mucho poder económico y social que nos ven como un gobierno transitorio mientras la derecha vuelve a regenerarse para volver al gobierno. Hay que hacer ver a la sociedad que nuestro proyecto de gobierno no es transitorio, ni es una excepción, los gobiernos de izquierdas estamos para quedarnos durante mucho tiempo, para ganar el futuro y que los éxitos que ahora se consigan, sobre todo en materia social, laboral o económica, no se puedan anular.

Se trata de conseguir un nuevo y mejor futuro para nuestra sociedad, manteniendo sin ningún complejo un relato propio dentro de Compromís. Tendremos que trabajar para conseguir tener un amplio apoyo social y, dentro de lo posible, de los grupos de poder y de los más influyentes, para poder construir un proyecto común, alentador e ilusionante para la mayoría de la sociedad.

Nunca hemos de perder nuestros valores, que nos han traído hasta este momento y nos han hecho llegar hasta donde ahora estamos. Tenemos que continuar reivindicando nuestros objetivos con nuestras propias identidades: valencianismo, socialismo, igualdad, ecologismo, defensa de las personas, etc., tienen que estar presentes en todas nuestras reivindicaciones, y nunca hemos de ser conformistas, ni caer en el peligro de la autocomplacencia mientras en nuestra sociedad quede alguna injusticia social.

Si con nuestras políticas sociales y de cambio vamos consiguiendo una sociedad más justa y llevar a la gente a un mejor estado de bienestar, la derecha política y mediática, a falta de argumentos consistentes, intentará criticarnos buscando otras vías. Por eso en nuestra vida y gestión pública tendremos que ir con mucho cuidado, y muchas veces ir más allá de lo estrictamente legal hasta llegar a lo ético. Por eso tenemos que exigir que las personas que desde nuestro partido puedan acceder a cargos públicos, además de ejercer una gestión eficaz y efectiva, defiendan unos valores personales y éticos intachables. Por eso es necesario establecer los códigos de conducta y buen gobierno que nos ayuden en estas tareas.

Para que Iniciativa pueda contribuir a construir un futuro mejor para la sociedad valenciana, tendremos que ser capaces de articular políticas de alianzas fuertes y estables, que a la vez que nos aseguren mantener una autonomía y un relato propio, nos den fuerzas y garanticen nuestra presencia en todas las estructuras de gobierno, en los ámbitos local, de País Valenciano, estatal y europeo. Aun así, estas alianzas tendrán que tener en cuenta las realidades de las asambleas locales, dado que de cara a las elecciones municipales de 2019 puede ser que aquellas alianzas y coaliciones que, superando el marco de Compromís, sean oportunas en algunos ámbitos, no lo sean en el municipal.

Por todo esto, tanto en el presente como en el futuro, habrá que consensuar con toda la militancia y con todos los estamentos de Iniciativa, empezando por las asambleas locales, aquellas políticas estratégicas que nos puedan llevar a ser un partido clave en la próxima

política valenciana y nos conduzcan a ser el motor de la renovación y los garantes de las políticas sociales y económicas, los defensores de las políticas de igualdad y, en resumen, partícipes del cambio social que nuestra sociedad nos pide.

**21 de enero, 2018**



## PONENCIA POLÍTICA

### 1. NUESTRA REALIDAD

Un Congreso es el momento propicio para repensar cuáles han sido, y son, nuestras características esenciales, construidas colectivamente; las que nos dotan de identidad, nos permiten ser públicamente identificados y constituyen *nuestro relato*: el conjunto de rasgos que dotan de sentido nuestra existencia y nos permiten dibujar el futuro que deseamos. Podemos sintetizarlo así:

**A. EL PACTO COMO VOCACIÓN PARA CONSTRUIR NUEVOS ESPACIOS POLÍTICOS.** Hemos aprendido, con la reflexión y en la acción, que los espacios políticos se construyen dinámicamente, en diálogo y confrontación con la realidad, y que eso es preferible a pretender ocupar espacios predefinidos abstractamente. Nuestra principal peculiaridad ha sido la vocación permanente de construir un espacio de izquierdas, ecosocialista, a través del acuerdo, del pacto. Ello nos ha llevado a una relación estrecha, fraterna, con otras fuerzas en una gran apuesta estratégica, Compromís, en la que hay que perseverar y profundizar, porque debe concebirse abierta a adaptaciones creativas, ajustadas a la diversidad fluida de momentos políticos, económicos y culturales. Pero ello no nos ha impedido defender pactos puntuales con otras formaciones. Y, de igual manera, nos ha permitido ejercer un liderazgo en el Pacte del Botànic y en la Generalitat Valenciana, así como en muchas instituciones locales. *Pensar y actuar creando las condiciones para la mayoría social y política* quizá sea nuestro mejor valor: nuestro espacio no se calcula en términos cuantitativos, sino, cualitativamente, por su capacidad de promover cambios perdurables en nuestra sociedad.

**B. LA PROXIMIDAD COMO COMPROMISO Y ESTRATEGIA.** Hemos definido el País Valenciano (PV) como nuestro marco preferente de actuación. Existe una convergencia entre esa elección de *proximidad* y la apuesta ecosocialista. La proximidad no viene determinada exclusivamente por la escala de la acción, sino por la capacidad de intervenir sobre aspectos esenciales de la realidad que se pierden en otros análisis o en la cultura de otras formaciones políticas. Proximidad significa compromiso con personas y territorio en el que desarrollan sus actividades; significa realismo ante las contradicciones y, a la vez, es apuesta por ser personas creativas ante los problemas que desbordan al propio PV. Y no significa encierro ni negativa a afrontar cuestiones generales. Por eso pretendemos ser un *partido de obediencia valenciana preocupado por los problemas planteados por la globalización, el cambio climático, la igualdad de género, la necesidad de mejorar la democracia en la UE y la política española*. Ser próximos es una incitación a la solidaridad con el de fuera, una apuesta por una pedagogía colectiva en el pueblo valenciano: necesitamos sentirnos fuertes para abrirnos a los demás.



**C. LA CONCIENCIA DEL ÉXITO: NUESTRA RESPONSABILIDAD.** En nuestra historia hemos alcanzado éxitos notables. Ello se debe, sobre todo, a haber ejercido liderazgos adecuados, individuales y colectivos, con las herramientas del pacto y de la proximidad. Ser conscientes de ello es necesario. Sobre todo, para entender que recrearnos en ese éxito es la mejor manera de emplazarnos a futuros fracasos: no podemos permitirnos el lujo de estancarnos. Los factores de éxito y de reconocimiento social son cambiantes y debemos estar atentos a la dinámica de variación. Éxito, ahora, significa conciencia de responsabilidad: somos administradores de la confianza puesta en nosotros y nosotras, sobre todo a través de nuestro trabajo en Compromís, por decenas de miles de personas que nos encontraron cuando más lo necesitaban.

Y, sin embargo, todo ello no se ha hecho sin contradicciones. Muchas de ellas no son privativas de IdPV, sino que se producen en el marco del desarrollo de Compromís, siendo, en ocasiones, precios que ha habido que pagar para su avance en momentos especialmente convulsos del PV. Sin ánimo de agotar la cuestión podemos recordar:

No siempre somos capaces de *diferenciar entre la ideología y la política*. Mientras que la primera se ubica en el *reino de los fines* y se centra en la definición de grandes principios más o menos rígidos, la política se instala en el *reino de los medios*, definiendo mecanismos para alcanzar aquellos principios y, entre ellos, fórmulas para la construcción de mayorías sociales y electorales suficientes y estables. Si la política sin ideología es oportunismo, la ideología sin política es irresponsabilidad y engaño. En demasiadas ocasiones nos sentimos más cómodamente en el terreno de lo meramente ideológico, quizá por no haber abandonado suficientemente una *cultura de oposición* para sustituirla por una *cultura de gobierno*. Y ello no depende de la posición relativa que ocupemos en las instituciones, sino del respeto que mostremos por éstas y de la habilidad en usarlas para cambiar las condiciones de vida de las personas. Ello nos lleva a menudo a analizar la realidad en términos binarios: bueno/malo, nosotr@s/ell@s... empobreciendo los análisis y lastrando nuestros dispositivos de toma de decisiones. Entre nosotr@s, a veces, hay una carencia de preguntas y un exceso de autoafirmación. En demasiadas ocasiones justificamos la escasez de rigor a la hora de evaluar la complejidad de la realidad en nombre de una abstracta *utopía* que a nada obliga. La lucha por lo *concreto* debería ser el principal empeño para confirmarnos y reforzarnos.

Un problema concreto, quizá provocado por lo movedizo de la realidad en la que nos tocó crecer, es una debilidad preocupante para establecer un pensamiento y unas prácticas estratégicas, definidas trasparentemente para el largo plazo, con objetivos generales y particulares, atribución de responsabilidades concretas y fórmulas de valoración de lo conseguido, desde un planteamiento autocrítico y no autojustificativo. Por ello abundan momentos en que nuestra forma de hacer política consiste en agregar luchas particulares, sin buscar vínculos profundos entre ellas; en mostrar genéricos apoyos a causas que consideramos *justas* sin pensar con perspectiva en su incidencia en la realidad; en confundir la política con los *gestos* o, en fin, en una atomización de discursos y acciones, que conduce a fiarse en exceso de las intuiciones, rehuir los debates sobre materias incómodas, improvisar las presentaciones mediáticas de nuestras intenciones y logros o en calibrar mal la presencia en el territorio o en

frangas de la compleja sociología valenciana. Como problemas graves derivados de esto podemos señalar:

- a) Falta de transparencia en la toma de decisiones y de sistematicidad en la dación de cuentas.
- b) Ausencia de una política de formación coherente.
- c) Deficiencias en la estructura orgánica -con relativa independencia de la que existe en Compromís- muy floja en la elaboración de políticas públicas, sin claridad en la atribución de responsabilidades, delegadas ambiguamente en órganos *participativos* casi siempre inexistentes o poco preparados para intervenir en diseños de gobierno y, además, muy centralizados.

## 2. NUESTRO MODELO EN EL CAMPO DE LAS IZQUIERDAS

Nuestro compromiso con las personas y su realidad vital nos obliga a analizar *nuestras contradicciones más profundas* en un marco amplio y riguroso. La izquierda vive un periodo de retraimiento y hay que dejar constancia de las dificultades que tenemos, compartidas con la mayoría de fuerzas de izquierda, para encontrar un discurso adecuado. Esa es la fuente mayor de contradicciones: nuestra referencia constante al *cambio* es legítima y pertinente, pero precisa de muchos matices para que podamos sentirnos instalados en el campo del *reformismo fuerte*, esto es, aquel *capaz de introducir reformas en la realidad que sean tendencialmente irreversibles*, a través de la acción combinada del trabajo en las instituciones y de la generación de mayorías sociales de apoyo en torno a valores de libertad, igualdad o solidaridad.

Desde este punto de vista nuestra actividad política se inscribe en un horizonte más amplio, esto es, el del cambio de marcos de referencia y paradigma motivado por la constatación de los límites de un sistema económico capitalista y la crisis de las alternativas socialdemócrata y socialismo de estado que han sido engullidas por aquel, la primera por asumir los postulados del mercado como regulador de la vida social y económica, el segundo por su ineficiencia en resolver los problemas vitales de la población, y actuar en ocasiones mediante métodos brutales e inhumanos. Si durante décadas, una y otra alternativa al sistema capitalista, han servido para crear en amplias capas de la población, un marco de referencia ideológico en el que sostener las políticas en nuestro continente, el fracaso de una y otra ha dejado a la izquierda europea en un estado que no podemos más que calificar de «incertidumbre», promoviendo un estado general de atonía intelectual ante el miedo a fracasar de nuevo en definir alternativas globales. Las consecuencias de este miedo al fracaso se transforman, en el plano de los discursos y los programas, bien en una hiperideologización de estos o bien en una huida hacia la mera gestión eficiente de los asuntos públicos, con la esperanza de que, en la profundización de uno u otro

camino, seamos capaces de definir ese modelo global. Y en el plano de las movilizaciones sociales, bien hacia la exacerbación de los conflictos en todos los ámbitos de la vida pública o bien en la suma de las reivindicaciones sectoriales para, por una vía u otra, encontrar el elemento movilizador común y lograr así la “unicidad” de las diferentes reivindicaciones de grupos sociales que no tienen en la base de sus peticiones, conflictos de carácter productivo. En todo caso, uno y otro modelo han demostrado sus limitaciones como constructores de alternativas globales, como contenedores de políticas coherentes y como argumentos que promuevan marcos culturales alternativos. Aunque ambos pensamientos forman parte de acerbo cultural de la izquierda en la que nos situamos, no es menos cierto que también forma parte de nuestra cultura la crítica radical a ambas. Así de la misma forma que no podemos definirnos hoy como socialdemócratas tampoco podemos definirnos como comunistas salvo que uno u otro concepto se redefinan radicalmente. Nuestra crítica principal debe ir dirigida al sistema económico capitalista cuya principal habilidad es su demostrada capacidad de engullir cualquier alternativa que se le enfrente, por la vía de dominar el discurso que articula la vida social, hacerse comprensible de manera intuitiva entre la mayoría de la población y de dominar los mecanismos de creación de marcos de referencia. De esta forma incorpora a su discurso incluso aquellos mecanismos mínimos redistributivos de la riqueza, como es la existencia de sistemas impositivos o de instituciones de protección social, admitiéndolos pero siempre y cuando estos instrumentos se mercantilicen y se limiten a ser complementarios del mercado. De esta forma la referencia a un estado social habitualmente queda relegado a ser mero adjetivo y no sujeto del ordenamiento jurídico y de la acción del estado. Para un sistema económico que ha avanzado, desde su aparición, como sistema de utilización del capital como productor de bienes y servicios, hasta convertirse en mero productor de capital desde el capital, convirtiendo el mercado en el único sistema de asignación de recursos, los fines han quedado sepultados bajo el dogma del beneficio individual. Incluso ha sepultado los propios principios de oferta y demanda del mercado que ha pasado de ser un mecanismo imperfecto de asignación de recursos a desaparecer por el control del mercado de las grandes corporaciones financieras. Así la competencia imperfecta ha cedido el paso al control absoluto del capitalismo financiero de todo el circuito productivo, haciendo que todo lo que le impida desarrollarse se convierte en enemigo de la acumulación de capital, sean estas las instituciones democráticas, los procedimientos de control o los mecanismos de regulación. Este sistema económico tolera, por el momento, los mínimos mecanismos de redistribución de la riqueza siempre que estos se limiten a las capas más desfavorecidas de la población (es decir sean por tanto meramente asistenciales) y siempre que no suponga que el estado disponga de capacidad política,





presupuestaria o jurídica para limitar el mercado y la supuesta libre competencia, desvirtuando, de esta forma, el principal objetivo de estos instrumentos de redistribución como son los de disponer de sistemas públicos de atención universal a la población mediante sistemas de solidaridad mutua y de garantizar, en definitiva, que sea la ciudadanía a través de la intervención democrática la que controle el destino de los recursos económicos. En este sentido, estamos ante el inicio de una etapa de disociación de democracia y capitalismo. Esta creciente disociación se está evidenciando en la creciente impugnación del statu quo por amplias capas de excluidos por el sistema económico y la incapacidad de los gobiernos occidentales por asegurar unas condiciones y horizontes materiales mínimos para la reproducción social. Esta creciente disociación ha planteado un serio problema a las clases dominantes. Cómo mantener la necesaria legitimación de los estados y, de manera implícita, del sistema económico. Esta respuesta ha sido expresada por la ampliación de la lógica amigo-enemigo (casos Hungría, EEUU, España, etc.) que comporta necesariamente recortes de libertades y democracia, y por el intento de reactivación de los mecanismos de crédito social mediante inyecciones tremendas de liquidez por los bancos centrales. Aun así, los problemas persisten y la disputa está en vigor. Es necesario entender, como ya trazó Karl Polany, que las reacciones contemporáneas son contra el sistema económico actual por la exclusión y marginación que genera. Estas reacciones sitúan, otra vez, lo político en el centro de la disputa social. La necesaria impugnación que desde la izquierda hacemos a nivel discursivo ha de ir encaminada a dar protección, seguridad y orden a la creciente anarquía darwiniana del sistema económico. En este sentido, la principal crítica que se puede hacer a la socialdemocracia centroeuropea es que haya comprado el argumento de la “eficiencia del mercado” y de que la historia no se construye por la resolución de los conflictos entre colectivos con intereses objetivos contrapuestos y divergentes, que se anulan mutuamente, sino mediante el acuerdo voluntarista de las partes bajo el argumento de la existencia de “un interés general” o “un bien común” al que se puede llegar sopesando argumentos éticos o morales de validez universal. Si fuera así, en este escenario, los intereses objetivos, los conflictos de clase se diluyen, en un magma de buenas o malas intenciones en el que lo bueno será iluminado por la fuerza de los argumentos morales positivos, supuestamente universales, obviando la imposibilidad solventar la contradicción básica irresoluble, esto es, que las condiciones materiales de una parte de la población (la mayoría) no son efecto de una mala gestión o de malas intenciones motivadas por una concepción moral disoluta, sino condición sine quanon para que los intereses de otra parte de la población (la minoría) mantenga sus privilegios. Con esto los argumentos basados en forzar consensos, bajo esa visión buenista, se hacen en un campo de batalla desigual en el que el capital cada vez tiene

más capacidad de maniobra y los trabajadores (y porque no decirlo los pequeños y medianos empresarios) sólo les queda negociar mejoras que no ponen en peligro los privilegios, relegados a ser meros productores y consumidores, piezas esenciales de un sistema que produce la acumulación del capital y menosprecia el factor trabajo. Sin duda este sistema permitió el desarrollo en Europa de un estado social a lo largo de siglos y tras la Guerra Mundial con tres pretextos: la continuidad histórica de una tradición cultural y de algunas medidas sociales creadas desde finales del siglo XIX como eran los sistema de previsión social; la necesidad de reconstruir una economía devastada que podía convertirse en un mercado rico de consumidores en materias primas, bienes y servicios, y en tercer lugar, una pantalla para frenar al imperio soviético en un momento en que este crecía en influencia en otros continentes. Las políticas de desregulación adoptadas desde la década de los ochenta han dado pie a un capitalismo financiero que tiene como único objetivo la acumulación de capital, en el que un estado social fuerte le resulta un impedimento para su desarrollo. El entorno global creado desde entonces le resulta beneficioso. Hechos como el desmoronamiento de la URSS, los profundos cambios políticos en China, la consolidación de la cuarta revolución industrial, los conflictos mundiales asociados a la destrucción del medio ambiente, el surgimiento de un “oportuno” nuevo enemigo global o la ausencia de mecanismos internacionales de resolución de viejos o nuevos conflictos, sitúan de nuevo el marco de explicación para la mayor parte de la población en aquello “que es posible hacer” antes que “en aquello que es necesario hacer”. En este esfuerzo han colaborado políticas desreguladoras y privatizadoras de los gobiernos que se reclaman del espacio socialdemócrata de toda Europa y que, en concreto en España, se han seguido a rajatabla impulsado por instituciones como el FMI, la OCDE o la propia Unión Europea y que constituye un elemento fundamental del modelo de capitalismo neoliberal. Los argumentos ideológicos (reducir el nivel de intervención del estado), financieros (obtener recursos para compensar el endeudamientos), económicos (mejorar la eficiencia y aumentar la competencia) y socioeconómicos (reducción del poder sindical o la despolitización de las decisiones) se han demostrado falsos y a la larga, contraproducentes incluso para los objetivos modernizadores que se pretendían alcanzar. En el periodo histórico, desde la década de los 50 hasta mediados de los 80, la socialdemocracia pudo presumir de una cierta superioridad política o posición privilegiada como actor político principal del desarrollo de una Europa en paz, desarrollada y socialmente más igualitaria que otros continentes, pero las mismas alianzas que le permitieron mantener esa posición política privilegiada, son las que lastran ahora su capacidad de convertirse en respuesta alternativa, porque su propia existencia se debe a aquello que impidió, por ejemplo, la consolidación de alternativas y el acceso al poder de otros partidos para

construir una Europa realmente social, como fue, por ejemplo, el caso de Italia en donde la alianza de la socialdemocracia para impedir el ascenso del PCI al gobierno, sólo fue posible por la convergencia de ese partido socialdemócrata con la derecha más corrupta de Europa vinculada con la mafia. Esta experiencia, con todo los matices que se quieran añadir, se reproduce en la mayor parte de los partidos socialdemócratas europeos en un momento además en el que la globalización muestra sus efectos más devastadores y contradictorios.

La socialdemocracia, como ideología, aceptando el sistema de producción capitalista como el mejor de los posibles, ha sido prisionera de un dogma productivista y de los mitos del mercado y del crecimiento ilimitado, aplicando políticas económicas tecnocráticas y liberales, renunciando a aplicar una política social de izquierdas y no acabando de incorporar a su discurso las cuestiones medioambientales.

Si la agenda social europea fue un intento de promocionar la cohesión promovido, en gran medida, por la socialdemocracia, sus mejores ideas saltaron por los aires por la adopción general del dogma neoliberal y porque no fueron acompañadas de compromisos firmes para un gobierno más democrático en la UE.

Curiosamente, hay otra razón paradójica en la crisis del pensamiento socialdemócrata: en cierto sentido *todas* las fuerzas políticas tienen *algo* de socialdemócratas. El éxito de la socialdemocracia se mide porque en la práctica no se impugna la existencia de servicios públicos, aunque sea desde lecturas tecnocráticas y con muchas vías para la penetración de negocios generadores de desigualdades. Por eso, la mera defensa retórica de los sistemas de servicios públicos no es ya un factor cultural de distinción y movilización, mientras que los intentos de definir nuevos programas e iniciativas de servicios que busquen la igualdad, se estrellan contra la indecisión o la incapacidad económica.

Esta reflexión es importante para IdPV porque *también* estamos implicados en esta realidad: hay una parte de nuestro imaginario, como el de otras formaciones políticas o sindicales, copartícipe de esta situación. No es extraño: buena parte de nuestros antecedentes pueden reconsiderarse desde la perspectiva de intentar compatibilizar cierto radicalismo verbal con una visión que apuntaba a una *profundización* de las políticas socialistas. Por ello su crisis global nos afecta también, nos aproxima a los partidos socialistas -basta ver los resultados electorales- y, a la vez, nos incita a hacerlo de manera crítica en algunos aspectos.

Por esta vía debemos aproximarnos a aquellas cuestiones que aún definen a la izquierda, que son parte de nuestro patrimonio ideológico:

Continuamos siendo *muy críticos con el capitalismo*, y debemos buscar nuestra alternativa a ese sistema. Vivimos en una época de profundas dudas sobre los límites reales del capitalismo, sobre su capacidad de convivir con políticas igualitarias. Es importante profundizar en los aspectos económicos del problema, así como en las definiciones políticas. O sea, en definir *en*

*qué y en cómo* se provocan esos límites, sabiendo que hay necesidad de construir mayorías muy sólidas, que rebasan el campo estricto de la izquierda, para que avanzar en esos límites sea posible. Igualmente es urgente afianzar propuestas económicas sobre los límites al crecimiento por razones medioambientales. Sin embargo, los proyectos políticos-económicos basados en meras formulaciones morales y voluntaristas tienen horizontes muy limitados.

Vivimos en una época en que se materializan los límites reales del capitalismo y su incapacidad de convivir con políticas igualitarias, en la cual además han aumentado los riesgos mundiales, y la ensambladura entre profundización democrática, soberanía nacional e integración económica que anunciaban los defensores de la globalización ha acabado con sus tres pilares agrietados, todo en favor de la propia globalización. Además, el efecto disruptor que ya tienen las tecnologías en diferentes campos no solamente afectará a la desigualdad medida en términos de renta, sino que a corto plazo estas desigualdades se trasladarán al acceso a la medicina avanzada regenerativa, la genómica al bienestar social, a las mejoras de las capacidades cognitivas y, en buena medida, a la supervivencia o la durabilidad de la vida, generando un nuevo tipo de desigualdad entre aquella parte de la población que vivirá más tiempo en mejores condiciones de casi de inmortalidad, y aquella parte de la población que nunca podrá acceder a esta condición.

Nuestra tradición nos empuja a seguir apostando por *lo público*, lo que suele concretarse en la preferencia por la *gestión pública* de la política y la economía. Parece una decisión razonable, dado el incremento de la desigualdad material en el medio y largo plazo que provoca la gestión privada. Pensemos en sanidad o educación, así como en otros fenómenos desigualitarios como el que padecen muchas mujeres, al seguir considerándose la familia como una unidad de prestación de servicios. Sin embargo debemos reflexionar activamente acerca de los *límites del intervencionismo*, en parte por algunas ineficacias y deseconomías que provoca, en parte por la irrupción de innovaciones tecnológicas que hacen más viables algunas delegaciones de acciones en el ámbito privado, en parte por algunos cambios culturales derivados de nuevas formas de acceso a la información que, quizá de manera confusa, revitalizan el valor del individuo, dotándole de mayor autonomía y conocimiento a la hora de adoptar decisiones o generar redes con efectos socio-económicos, pero que también banalizan la acción política, intensificando el individualismo y el narcisismo.

Hemos sabido preservar el *valor de la igualdad* como nuestra mejor seña de identidad. Y así debemos continuar incorporando a nuestro discurso, de manera *activa e integral*, todas las fuentes de desigualdad, en especial las derivadas del género, ya que las mujeres, la mitad de la población, tienen el poder y la capacidad de sostener la vida, pero en cambio son consideradas débiles y se las puede someter a la voluntad de la otra mitad; a pesar de esta inconsistencia, este sistema de división social se perpetúa a lo largo de la historia, transformándose y adaptándose a los tiempos, pero sobreviviendo. Y, de manera creciente, debemos incorporar las fuentes de desigualdad derivadas de la discriminación por razones de acceso a los recursos naturales o por la ubicación en los nuevos mapas de la globalización o/y de los conflictos



internacionales. Sin olvidar nuevos fenómenos como la necesidad de avanzar en el establecimiento de mecanismos en pro de la justicia intergeneracional.

Sin embargo, hemos de reconocer que las instituciones de las que se dota la democracia se han mostrado con escasa capacidad para dar respuesta a los nuevos retos a los que se enfrentan las sociedades y para reconocer las nuevas tendencias globales tanto en la geopolítica como en las transformaciones en la economía que se avanzan en la 4 revolución industrial y el salto cualitativo que produce la "singularidad tecnológica", esto es, el salto que ya se está produciendo con la acumulación de innovaciones tecnológicas que son capaces, por si mismas y en ausencia del ser humano, de producir nuevas tecnologías. A la vez se han mostrado muy condescendientes con las razones del mercado, mostrando su debilidad para oponerse a los intereses que subyacen, a pesar de la autoridad que se le supone por ser, precisamente, instituciones pensadas por y para la mayoría y elegidas democráticamente para proteger a la mayoría de los intereses de minorías. Por ese motivo nuestro reconocimiento de la importancia de la democracia sin apelativos, construida a través de instituciones va acompañada de una profunda crítica al sistema económico que mercantiliza la vida social y política. Si creemos y defendemos la democracia basada en la elección representativa y las instituciones, el derecho y la justicia, dotada de todos los instrumentos de intervención para frenar conductas egoistas es, precisamente, porque ésta puede oponerse a los intereses de un sistema económico depredador, profundamente desigualitario y que favorece la acumulación de la riqueza en unas pocas manos. En este sentido no desvinculamos nuestra defensa de la democracia de la crítica al capitalismo. Además, hay que reconocer que la crisis económica mundial ha creado un escenario en el que posiblemente la recuperación económica ya no será condición ni necesaria ni suficiente para volver a recuperar los consensos anteriores que deberán repensarse en términos de resolución de conflictos. El incremento de las desigualdades es un factor determinante que está en el centro de las posibles soluciones y la tendencia a corto plazo de cómo se corrijan los factores que la determinan, va a determinar los acontecimientos a escala planetaria.

IdPV ha sido ejemplar en enfatizar *el valor de la democracia*, ensayando propuestas para su profundización y, en condiciones difíciles, denunciando los auténticos *golpes de Estado* que supuso la corrupción estructural de la derecha. Debemos proseguir en ese camino. Sin embargo, la realidad nos incita a aplicar algo más de rigor en las fórmulas de avance democrático: no son sostenibles algunas críticas apresuradas a la *democracia formal*, menospreciando la función de lo institucional y el papel de lo jurídico. Una cosa es imaginar mecanismos renovados que fortalezcan la sociedad civil y su relación con el espacio institucional, y otra instalarnos en abstracciones de lo democrático o en críticas indiscriminadas

que no distinguen entre un mal funcionamiento de los aparatos del Estado y su potencialidad reformadora. En ese marco *la libertad* no puede convertirse en un valor menor, en un principio subordinado a la igualdad. Sin libertad no hay igualdad, ni auténtica solidaridad, ni respeto por la pluralidad y la diversidad. No podemos dejar a la derecha la libertad: se trata de reconstruir su significado y convertirnos en sus mayores defensores: *libertad para todos y todas* debe ser uno de nuestros proyectos. Igualmente, no podemos regalar a la derecha los valores constitucionales, ni los Derechos Fundamentales, ni el significado del propio texto constitucional, por imperfectos que ahora nos parezcan algunos de sus contenidos. Y lo mismo podemos decir del Estatuto de Autonomía. A la vez que avanzamos en la idea y la concienciación de que la mejor forma de defender los valores estatutarios y constitucionales es ir adaptando los textos dinámicamente a la realidad y retos que hay que afrontar en un mundo en cambio.

Cuando hablamos del *campo de las izquierdas* solemos calificarlo -y autocalificarnos- de *progresista*. Pero la idea del paradigma del crecimiento como garantía de bienestar está en crisis, y buena parte de “las izquierdas” navegan en ese paradigma. El agotamiento de los recursos naturales y el calentamiento global han dado la voz de alarma. Por otra parte, la presunta inevitabilidad de la construcción histórica del socialismo usó de la idea de progreso para justificar algunas de las políticas más criminales que ha conocido la humanidad. Pero parece imprescindible que las izquierdas recuperen el *significado político de la Historia*, y no para su manipulación selectiva, no para creer que la Historia tiene *un* sentido, sino para comprender que a la Historia concreta -no a la imaginada- podemos atribuirle *algún* sentido que nos informe sobre las acciones posibles para construir un futuro mejor. *Somos lo que hemos llegado a ser* y ni existe un destino ciego, una providencia que nos empuje a no se sabe qué horizonte, ni la experiencia histórica puede ser desdeñada. Ello tiene mucho que ver con el valor político de la memoria democrática como lugar de encuentro suprapartidario, pero también es necesaria la reivindicación del papel de la izquierda en España y en el País Valenciano, más allá de reconocer sus errores: no tenemos derecho a renunciar a inscribir nuestra Historia particular en un muy honroso marco de lucha por la democracia, la libertad, la igualdad, la autonomía y la edificación de una *identidad colectiva-popular* valenciana.

COMPROMÍS, NUESTRO "COMPROMÍS". Las tres fuerzas políticas que conforman la coalición COMPROMÍS suman espacios electorales que se solapan tan sólo en parte, dejando a cada una un campo bastante ancho para su crecimiento y el de toda la coalición. Al mismo tiempo, COMPROMÍS ha creado un espacio político común al que se afilia mucha gente, atraída por los numerosos valores de la coalición. IdPV se sitúa en el mapa de las ideologías en el ancho espectro del que podríamos denominar “socialismo del siglo XXI”, con importantes ingredientes del nuevo nacionalismo y de la ecología. El internacionalismo y la concepción de la política como un instrumento transformador en todos los ámbitos sociales también forman parte de sus señas de identidad. IdPV arrastra la tradición más de izquierdas de la coalición y ha trasladado al funcionamiento de COMPROMÍS el respeto escrupuloso a la pluralidad, uno de sus principios fundacionales. Esto se ha traducido en que IdPV sea la principal fuerza dentro de COMPROMÍS a la hora de encabezar convergencias en procesos electorales que van más



allá del ámbito autonómico. La fuerza de IdPV dentro de la coalición COMPROMÍS debe basarse en la fuerza de sus propuestas, y no tanto en otros mecanismos siempre débiles. Estas tres fuerzas, junto a muchas personas que se han acercado a COMPROMÍS, entre otros motivos, por su papel contra la corrupción y las malas prácticas políticas, han hecho de la coalición un potente instrumento de transformación en el ámbito político local, autonómico, estatal y europeo. Un camino que pasa por hacer de COMPROMÍS la fuerza hegemónica en el País Valenciano y el primer defensor de los intereses de todas las valencianas y valencianos.

Estas son las grandes líneas, flexibles y abiertas, desde las que tenemos que **construir políticamente nuestra alternativa en convergencia con otras fuerzas políticas, sociales y culturales**. Iniciativa se reconoce heredera de la tradición ecosocialista democrática en la medida en que busca la formulación de un nuevo sistema económico respetuoso tanto para la sociedad como para el medio ambiente. Reivindicamos nuestra **centralidad en las izquierdas valencianas**, con la vocación de contribuir a dirigir sin sectarismos un **reformismo fuerte**, dando continuidad y renovación a las líneas básicas de nuestro discurso: crítica al modelo económico dominante y a sus implicaciones sociales y medioambientales, mostrando nuestra preferencia por lo público, firmemente comprometidos con todas las causas de la igualdad y la lucha contra la discriminación, así como con la libertad en el marco de una profundización democrática que parta de reformar las fórmulas existentes que nos parezcan insuficientes, en un marco de pensamiento estratégico complejo.

### 3. NUEVA COMPLEJIDAD: DIFICULTADES PARA LAS IZQUIERDAS

Siendo imposible repasar todos los elementos sobre los que hay que construir el discurso político, merece la pena provocar alguna reflexión sobre cuestiones llamadas a definir intensamente la *gran agenda* de causas y consecuencias que definen nuestro tiempo y que subyacerán a toda política de cambio.

Así, es ineludible referirnos a la GLOBALIZACIÓN como gran fenómeno multiforme y de perfiles inciertos. Sabemos que hay dos respuestas a la globalización que no sirven: A) La admiración acrítica. B) La crítica absoluta. Más vale acercarnos con cautela al conjunto de situaciones y entender la globalización como una *dinámica abierta y en transformación* y no como una *cosa* de aspecto compacto. La globalización ni se toma ni se deja: la política en torno a ella debería pasar por tratar de maximizar sus ventajas y combatir sus problemas, en especial aquellos que se derivan de:

- Ausencia de un sistema de *gobernanza* internacional con un mínimo de sustrato democrático y suficiente pluralismo y equilibrio entre los principales actores -hay que lamentar la relativa ineptitud de la UE para adoptar ese papel.



- Convergencia de buena parte del relato de la globalización con el paradigma neoliberal, que dificulta en extremo la adopción de medidas políticas correctoras, tanto en el ámbito internacional como en los marcos estatales.

Hay datos que nos permiten afirmar:

Para muchas zonas del mundo la globalización está siendo positiva, e incluso hay razones para ser optimistas en aspectos básicos de la supervivencia.

Las alternativas basadas en el cierre de fronteras y el proteccionismo son peores que algunas dinámicas de la globalización.

No se ha producido una *globalización de los Derechos Humanos*; pero también es cierto que aquello a lo que remite esta idea tampoco se hubiera producido sin globalización económica. Hay moderados indicios de que ésta llevará a muchos Estados, organizaciones internacionales y entidades de la sociedad civil a intentar la adopción de medidas de humanización: en este sentido, y pese a sus limitaciones, la definición de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) por la ONU puede ser una buena ocasión para transitar por esta senda.

Entre los aspectos más negativos o/y que exigen respuestas más rápidas encontramos:

No *todos* ganan o pierden con la globalización: dependiendo de la ubicación en el planeta, de algunas correcciones de los Estados o de otras variables, hay sectores que se ven relativamente poco afectados, pero es indudable que hay *perdedores de la globalización*; y no sólo los más frágiles: asistimos a una relativa destrucción de clases medias cuyos efectos a largo plazo sobre la política sólo empezamos a vislumbrar. Muchos de esos perdedores nutren las filas del nihilismo antipolítico, del populismo, de la extrema derecha o del terrorismo. Este no es, en sentido estricto, un fenómeno norte-sur, sino que se da también, de forma cada vez más dramática, en *nuestro* norte. Ante ello todavía hay un déficit claro de medidas políticas, siendo más habituales los discursos asistencialistas, buenistas o aquellos que recaen en la *condena* de la globalización cosificada.

Por todo esto, IdPV tiene que defender que el estado freno, regule o impida las consecuencias negativas de la globalización. Tenemos que impulsar en coordinación con las otras fuerzas progresistas la revisión de los tratados de libre comercio en los cuales está incluido el estado español. Entre ellos los tratados de libre comercio firmados por la UE, como por ejemplo el acuerdo alcanzado entre la UE y Sudáfrica, el ZETA, etc.

Hay algunos que, en los respectivos marcos de referencia, *ganan* con la globalización, y poquísimos que ganan *mucho*. Se ha teorizado sobre *la secesión de los ricos* (Romero y Ariño) señalando los extremados niveles de desigualdad que se están alcanzando, la capacidad de esos poquísimos para fijar agendas y discursos y la creciente irrelevancia de los territorios físicos para la construcción de políticas. La desigualdad, en suma, es la principal causa de pobreza, con su séquito de malestar y violencia, con un *nacionalismo cosmopolita* en el que militarán grupos muy reducidos de población y que contará con fervorosos seguidores, un nuevo tipo de intelectuales orgánicos.



La globalización no admite algunas de las recetas con las que históricamente se han buscado soluciones a los incrementos de complejidad y a las disfunciones en los puntos de conexión entre la economía y la política: es muy difícil establecer marcos estables basados en modelos regulados jurídicamente. Todo ello aconseja no debilitar con críticas desahoradas las organizaciones jurídico-políticas internacionales que existen -otra cosa es el funcionamiento de las que puedan tener objetivos netamente económicos.

Ciertamente el marco se vuelve más enrevesado todavía si incluimos dos variables esenciales de nuestra época:

El cambio climático es el Gran Peligro para la supervivencia misma de la vida. No es preciso insistir en sus previsibles efectos si no se adaptan medidas urgentes. Pero merece la pena resaltar que la raíz esencial del problema no coincide con la globalización -al menos con su actual fase- sino que tiene un origen anterior. De hecho, la globalización puede crear algunas condiciones favorables a la hora de generar opiniones públicas mundiales que permitan un activismo, bajo guía científica, para detenerlo.

La aceleración científica y tecnológica y, en especial, la relacionada con la información, es, a la vez, causa y consecuencia de la globalización y está en la base de múltiples paradojas: pone en crisis de manera radical el mundo del trabajo tal y como lo hemos conocido, pero aporta esperanzas para ayudar a solventar, a través de la industria del conocimiento, algunos de los grandes problemas de la humanidad; genera nuevas capas medias que ayudan a salir de la pobreza a decenas de millones de personas, pero generando nuevos perdedores relativos; los EE.UU. conservarán su liderazgo durante largo tiempo, por su liderazgo en la investigación y la inversión aplicada, pero China y otros lugares de Asia se equiparán en algunos aspectos. Se está dibujando un nuevo mundo. Los avances científicos y tecnológicos en ámbitos como la medicina o la mejora de la gestión de recursos básicos para la vida son cada vez más rápidos y de amplio alcance; pero la privatización de este conocimiento también avanza rápidamente en detrimento de la universalidad del conocimiento de la humanidad y del acceso a esos recursos de las sociedades más empobrecidas. Esa sensación se ve reforzada por la adaptación galopante de hábitos culturales y hasta de derechos clásicos a las nuevas condiciones de sociedades hipercomunicadas: la red como metáfora y horizonte está alterando de manera decisiva las formas de acción política... pero no podemos tener certidumbres sobre cómo lo está haciendo. Por lo demás la cuestión de la obtención de recursos, la participación del capital público, su relación con la recaudación fiscal y la potenciación de la innovación y la distribución del conocimiento son los grandes temas para la democracia de nuestra época. En el PV carecemos de un discurso mínimamente desarrollado sobre esto.

Una conclusión se impone: **la concurrencia de todos estos fenómenos, unida a la crisis interna** a la que se hizo referencia en el apartado anterior, está provocando una fase que, con muchos matices, podemos definir como de **repliegue global de las izquierdas**. Lo cual no significa una *derrota definitiva*. De hecho, en la historia hemos conocido momentos similares. Lo que significa es que **la izquierda debe reexaminar su trayectoria en los últimos tiempos, formular nuevas hipótesis, renunciar a creer que tiene respuestas definitivas, ser flexible y**



aprestarse a un *conflicto de posiciones* para la reconstrucción de discursos y definición de nuevas alternativas y alianzas.

## 4. PANORAMA DE LA POLÍTICA EUROPEA Y ESPAÑOLA

Podríamos decir que en la UE hay formas peculiares de perdedores de la crisis, y aunque en términos relativos respecto a otras partes del mundo su situación sea envidiable, es evidente que asistimos a un detenimiento del impulso que se vivió en pasadas épocas. La pérdida, en general, de una agenda social europea, las tendencias a la renacionalización y al autoritarismo y la ausencia de un programa fiable de profundización democrática marcan un horizonte preocupante. Y, sin embargo, no parece que la solución sean los discursos catastrofistas ni las tendencias aislacionistas. La UE será un terreno de juego difícil y contradictorio los próximos años, con alianzas de intrincada explicación y gestión, con apelaciones crecientes a la transversalidad. La izquierda debe estar preparada para gestionar su debilidad, pero debe establecer también un programa articulado y razonable de temáticas y de modos de gobierno que pasen por la defensa a ultranza de la lucha contra el cambio climático, el incremento de la democracia en las instituciones comunitarias, el refuerzo del papel de la UE en el escenario internacional -como factor de respeto a los Derechos Humanos y a la seguridad colectiva- y el refuerzo de las políticas sociales, con el incremento sostenido del presupuesto de la UE.

La ubicación de España en la dimensión europea es ambigua y viene marcada por una paradoja: ha sido un socio débil en el momento de la crisis y, nunca, los partidos principales han manifestado la más mínima ambición por el futuro de Europa; pero, al mismo tiempo, es, junto a Portugal, el único Estado en el que no hay grupos populistas de extrema derecha en los parlamentos estatales ni autonómicos, lo cual en absoluto es una cuestión menor. Desde luego la pasión por la UE ha disminuido, lo cual es desastroso en términos de legitimación y confianza en el sistema, pero, pese a todo, la UE es percibida como una realidad positiva, en especial si la alternativa real fuera la salida. La amenaza de ésta, con la que jugueteó cierta izquierda hace poco, en nada contribuye a la solución de los problemas: fuera de la UE hace mucho frío, es algo que tuvo que aprender de manera inmisericorde el gobierno griego.

Precisamente la gestión de la Gran Crisis ha sido el punto de inflexión esencial de las políticas europeas y española. La crisis no fue prevista, pese a encajar en los parámetros de capitalismo especulativo que parte de las izquierdas habían denunciado como componente intrínseco del paradigma neoliberal. En el caso español, y en otros, demostró la escasa solidez de algunos de los aparatos clásicos de defensa del bienestar. La caída del Estado social -y la tremenda incertidumbre y falta de reflejos del Gobierno socialista- provocó dos efectos principales que pueden ser leídos de manera conjunta:

- desconfianza global ante el sistema de protección y de igualdad de oportunidades;
- desconfianza ante las estructuras políticas e indignación ante la acumulación de disfunciones en el sistema democrático.



El dolor humano provocado -paro, desalojos por hipotecas, falta de acogida y atención social a las personas migrantes, etc.- convergió con otras circunstancias latentes -crisis interna en los mecanismos de reproducción ideológica, fractura intergeneracional, toma de conciencia y movilización contra la corrupción, etc. El 15-m fue una mezcla de todas estas cosas y difícilmente podía esperarse que fuera un movimiento más vertebrado. El grito “no nos representan”, cargado de ambigüedad, fue una crítica de parte de nuestra versión particular de “los derrotados de la globalización”. La emergencia de nuevas fuerzas y el mantenimiento, durante un buen periodo de tiempo, de un ciclo de movilizaciones puso en evidencia todos los problemas, aunque no siempre sus protagonistas estuvieran igualmente capacitados para ofrecer soluciones. La confusión entre *crisis del sistema* y *crisis del régimen*, a medio camino entre la euforia, el exceso de confianza y los intereses partidistas de algunos, concluyó con algunas paradojas características:

La Monarquía polarizó lo que había de *crítica moral* en los movimientos, pero la abdicación del anterior Rey sirvió, con la activación de importantes recursos de imagen, para relanzar la institución que, una vez que podía presentarse despojada del lastre de Juan Carlos I, no sólo remontó en las encuestas, sino que pasó a ser mejor valorada por su aparente neutralidad, en comparación con la creciente conflictividad e incertidumbre en las instituciones representativas y en los partidos.

Hubo una cierta desactivación de las bases de legitimación del sistema: los ataques a la UE se unieron a un revisionismo apresurado del valor de la Transición y de buena parte de su obra, empezando por la propia Constitución. Lo que hubo de consciente en esa acción es pronto para evaluarlo, pero sólo tenía un sentido *político* real si era llenado con otros discursos. Se intentó con el discurso del *cambio*, pero no se consiguió elaborar un discurso nuevo que movilizara a la mayoría de la población. Tuvieron más éxito las corrientes que reivindicaron una actitud más ética, más apreciable por el final del ciclo de la economía más especulativa. Pese a ello la desconfianza de la política siguió siendo una constante en todas las encuestas. *El gran peligro: de la desconfianza en la política a la desconfianza en la democracia no hay más que un paso.*

El bipartidismo clásico se hundió, pero ello no significó el fin del modelo, sino su *desdoblamiento*, con dos partidos fuertes en cada ala del espectro clásico -más la presencia de importantes partidos autonómicos-, aunque con notables mutaciones internas en cada polo, que aún no han concluido: a la lucha tradicional se ha sumado una conflictividad específica por la hegemonía en cada campo ideológico. Todo ello ha llevado a muchos ciudadanos a no rehuir la participación electoral, al contar con más opciones a las que dirigir su voto, pero a la vez, provoca convulsiones de no fácil digestión.

La conclusión provisional de todo ello puede sintetizarse así:

La derecha se debilitó notablemente y el PP vio muy oscurecido su prestigio... pero consiguió conformar reiteradamente Gobierno en el Estado, pese a su inestabilidad, ausencia de credibilidad presupuestaria, tendencias recentralizadoras, etc. El PP sigue muy debilitado por

la corrupción, pero cuenta con importantes bolsas de votos en algunas zonas de España y entre el electorado mayor -lo que augura una creciente debilidad-. Su discurso parece absolutamente agotado, reduciéndose a la estricta conservación de aquello que le ha venido siendo electoralmente favorable. Como era previsible, Ciudadanos emerge como una opción, al menos para alcanzar pactos que aseguren una estabilidad que el electorado conservador apreciará especialmente.

El PSOE atravesó una gravísima crisis interna, causa y efecto del *sorpasso* de Podemos, en algunos casos en confluencia con otras fuerzas -situación que ahora parece invertirse. Sin embargo, la modalidad del embate de izquierdas más críticas en las dos últimas Elecciones Generales -*todo o nada, sólo hay una opción*- las ha debilitado, en especial a Podemos y a las que quedaron en el entorno parlamentario de este partido. El PSOE parece rehacerse trabajosamente, pero es pronto para decir si lo hará en el sentido de recuperar viejas tradiciones del antiguo bipartidismo jacobino o si, presionado por otras izquierdas a las que no puede desdeñar, persevera en la búsqueda de nuevas propuestas y maneras de gestión política. Probablemente la razón más decisiva para que las fuerzas del cambio no progresen en el Estado -aparte de las formidables resistencias económicas y culturales que han removido- ha sido su incapacidad para introducir la cuestión de la *gobernabilidad* en el centro de su relato. En efecto: la inercia del activismo del 15-m y la confusión de mensajes ideológicos crecientemente incomprensibles han conducido a proyectar un desinterés por lo institucional que, probablemente, en el medio plazo generará el desencanto en segmentos importantes de votantes: hay una contradicción flagrante entre los discursos sobre objetivos y la incapacidad para liderar un trabajo práctico que permita alcanzar dichos objetivos. Igualmente chocan con la imagen proyectada los virulentos y tempranos enfrentamientos internos.

Sin embargo, *el cambio* sí pudo realizarse en muchas ciudades y en varias Comunidades Autónomas. A ello contribuyó la presencia flexible de otras alianzas, la adaptación de los liderazgos a un medio mucho más acotado, la presencia de fuerzas con mayor experiencia -como Compromís- capaces de ofrecer alternativas concretas, algunos cuadros conocidos y, a veces, una realidad de lucha contra el PP. En muchos lugares, esa lucha había convergido parcialmente con el PSOE, que, de esta manera, y a diferencia de lo ocurrido en el Gobierno estatal, pudo convertirse en un actor del cambio. No es casualidad que la fluidez de la apelación al cambio genérico, en ciudades y Comunidades, se trocarà por la expresión *gobiernos del cambio*, ni que exista la impresión generalizada de que la perdurabilidad y penetración del cambio dependerà tanto de las propuestas como de la capacidad de asegurar la estabilidad y un adecuado gobierno que incluya nuevas formas de transparencia, participación, diálogo, etc. No es descabellado pensar que un cambio en el Estado deberá contar con estas experiencias acumuladas, que no se dan en todos los territorios ni carecen de contradicciones, pero que, en general, son positivas.

La situación en Catalunya fue volviéndose cada vez más compleja y dramática. No es preciso repetir la responsabilidad histórica del PP, representante del conservadurismo español, en la crisis; pero este hecho tampoco exime de la suya a fuerzas independentistas que,

temerariamente, forzaron el conflicto y reinterpretaron las reglas democráticas de manera interesada. IdPV ha tratado de mantener en toda esta situación un papel equilibrado, centrando sus discursos en la necesidad de retomar la senda del diálogo: así lo hemos mantenido en Compromís, que ha sabido evitar que las tensiones catalanas se trasladaran en exceso al PV, pese a las provocaciones y ataques recibidos. Nuestra línea debe seguir siendo la de buscar la paz y evitar que el PV sufra por una situación ajena. Aparte de la solución que pueda alcanzarse en Catalunya, lo más importante es apreciar que un efecto de la situación es que el nacionalismo español está colmatando la brecha que los discursos *anti-régimen* abrieron hace pocos años: esto es un riesgo evidente para la hegemonía de las políticas del cambio y la única manera que ahora tenemos para combatirlo es la pedagogía social y, sobre todo, rehuir absolutamente que el *eje nacional* sustituya al *eje izquierda-derecha*, aquello que más beneficiaría al PP y a Ciudadanos.

La conclusión de todo ello es la difícil deriva existente en el panorama político español, por la confrontación intensa de realidades contrapuestas. **La esperanza ha aprendido a convivir con el desencanto, la frustración con los nuevos proyectos: ningún análisis puede ser unívoco.** En este horizonte **la audacia debe compatibilizarse con la prudencia.** Es un paisaje particular pero que se asemeja, en el fondo, a lo que se produce en otros lugares de Europa y América. Es, pues, **un tiempo de aprendizaje, de acumulación de experiencia y de renuncia a las conclusiones precipitadas.**

## 5. EL PAÍS VALENCIANO COMO ESCENARIO DEL CAMBIO

El marco descrito es el que nos debe servir para analizar la realidad valenciana. En cierto modo ésta refleja y condensa muchos de los rasgos apuntados para España. Pero en otros casos apreciamos algunas características específicas:

A. La intensidad del poder de la derecha, aquí, era difícilmente parangonable con la del resto de Comunidades, pues sumaba la autonómica a la de los poderes locales. Era posible porque ofrecía un marco conceptual-simbólico -un *relato*- que hacía comprensible y deseable ese poder puesto al servicio de las victorias de la derecha española: el PP fue capaz de construirse como la *normalidad de los valencianos*, expulsando por los bordes de su poder a casi todas las referencias distintas durante lustros, ya que, casi siempre, a su capacidad estratégica sólo se opusieron tácticas y esfuerzos dispersos, atomizados. Lo que hizo más penetrante ese relato es la identificación de la Comunidad con un modelo económico característico, identificable, capaz de traer a las orillas de la postmodernidad los mitos del *Levante feliz* y de prometer una prosperidad infinita. A ese modelo tampoco se le pudo oponer una opción por largo tiempo. Todo el régimen así generado, en su conjunto, era *especulativo* y precisaba de notables dosis de ficción para sostenerse. En realidad su extensión desplazaba a la realidad y la sustituía por fenómenos más que preocupantes, como, por ejemplo: el crecimiento de la exclusión y de la



pobreza, la debilidad creciente de sectores productivos importantes, la destrucción medioambiental, el deterioro tendencial de la imagen exterior de la Comunidad y, en fin, unos niveles de corrupción inadmisibles en cualquier sociedad democrática -no era una cuestión cuantitativa, sino del tipo de corrupción que no sólo arrasó las reglas jurídicas de la economía y de una ética pública consistente, sino que, también, desvirtuó resultados electorales y estableció vínculos entre sectores empresariales y las instituciones, impugnando gravemente la credibilidad de estas.

B. La crisis económica, provocada entre otras cosas por la explosión de la burbuja inmobiliaria junto al desplome de la banca, más la corrupción y el saqueo sistemáticos de las arcas públicas y los fondos bancarios por sus administradores más irresponsables y corruptos, hundió y puso en entredicho el modelo económico de los gobiernos de la derecha, basado en el sector de la construcción y los grandes proyectos temáticos y urbanísticos. La imposibilidad de prolongar la especulación hizo que aquí la crisis fuera más grave y perdurable y no dejó opción a las mixtificaciones y ocultamientos antes practicados. La crisis del Estado del bienestar tuvo efectos más profundos por incidir en una realidad más castigada, por el incremento mayor del desempleo, etc. Las movilizaciones en respuesta a la crisis convergieron con otras, particulares, que permitieron que florecieran semillas plantadas durante los años de plomo del PP: nunca en esos años faltaron *partisanos de la decencia* que, en muchos casos, no se limitaron a criticar la corrupción, sino que supieron establecer vínculos comprensibles entre ésta y la economía, la especulación inmobiliaria, las restricciones a la libertad, el deterioro de los servicios públicos, etc. La concentración de poder causó, llegado ese momento, un efecto paradójico: ayudó a los críticos a provocar un efecto en cadena que ensanchó con rapidez una grieta irreparable en los mecanismos de legitimidad que la derecha había impuesto. La agonía del PP en su última legislatura fue la evidencia de la ruptura de un bloque social.

C. Sin embargo, sería un error describir el periodo como mero hundimiento del PP: en otros lugares ocurrieron hechos similares y no se produjo. Aquí fue posible porque hubo esas resistencias particulares a las que ha aludido que, llegado un momento apropiado, confluyeron en ciclos de movilizaciones -manifestaciones, pero también edición de libros, actos públicos bien estructurados, etc. Finalmente encontraron su dirección política en la actividad de partidos de izquierdas que, de manera distinta, pero creciente, supieron usar su presencia en les Corts y en algunos Ayuntamientos, para convertir lo que era malestar difuso en un relato coherente que socavara las bases de la prepotencia conservadora. El inicio de la revelación de hechos de corrupción supuso el momento decisivo en que las paredes de les Corts se derrumbaron y el diálogo entre las instituciones y la sociedad civil crítica fue ya constante y fluido. En ese proceso tenemos que sentirnos especialmente orgullosos del papel jugado por Compromís, que pudo liderar sin ambigüedades la situación, dotándose de liderazgos muy sólidos, enlazando con sentimientos y demandas protagonizados por sectores juveniles, estando presentes sin complejos en la *Primavera Valenciana* y maximizando una alianza entre las grandes ciudades y poblaciones medias y pequeñas. Esta es la base del triunfo en las



Elecciones de 2015, que aporta unas lecciones que no debemos olvidar: la clave del éxito es una insobornable actitud ética compatible con el pragmatismo político, la dialéctica liderazgos/trabajo colectivo de base, la apertura a la colaboración práctica con otras fuerzas políticas y, sobre todo, el diálogo permanente y no sectario con expresiones múltiples de la sociedad civil.

D. El *Pacte del Botànic* fue la consecuencia lógica de todo lo apuntado y una expresión concreta y especialmente afortunada de cómo generar *espacios de cambio*. El gran reto del *Botànic* siempre ha sido convertir en hegemonía social la hegemonía electoral. Las dificultades para conseguirlo también han sido siempre formidables, aunque, casi siempre, se han superado. Así:

El primer objetivo del Pacto, alcanzado con creces, fue la generación de una fórmula de entendimiento que articulara la compleja relación entre dos fuerzas -con culturas distintas- en el Consell y una tercera con un apoyo condicionado parlamentario. Esa fórmula exigía el acuerdo programático, pero, a la vez, uno que articulara las relaciones cotidianas: el *mestizaje* ha sido un feliz hallazgo. Sin embargo, los riesgos nunca han estado ausentes, en especial porque la necesidad básica ha sido estabilizar el PV, imaginable como un enfermo grave necesitado de cuidados pero que, a la vez, no podía admitir cambios acelerados que fueran utilizados por un PP -aún con una gran reserva de votos- como excusa para avivar la nostalgia por los presuntos *buenos años* de prosperidad. La gestión se ha convertido en el caudal más valioso acumulado en los primeros años de legislatura, deshaciendo situaciones embrolladas, estableciendo transparencia donde hubo opacidad, llevando la confianza a sectores ganados por la incertidumbre, enseñando a dialogar a grupos habituados a recibir órdenes, predicando paciencia donde se hubiera deseado actuar con urgencias. La mezcla de falta de experiencia y, a veces, de cuadros con el rodaje suficiente, o las deficiencias en las relaciones entre poderes e instituciones, no deben negarse. Pero más significativo fue descubrir el estado real de muchos segmentos de la administración, ser plenamente conscientes de los problemas de la infrafinanciación y de la ausencia de personal suficiente para las tareas más perentorias. Y, sin embargo, el Gobierno ha conseguido, ya, ser el más estable de la autonomía y ha entrado en una nueva fase, decisiva para el proyecto reformista: la elaboración de nuevas normas, que certifican y abren el camino para cambios más profundos, estableciendo consensos positivos donde al principio sólo pudo haber reacción a la etapa del PP, ha consolidado la situación. Cuando la legislatura entra en su recta final la sensación es que la mayoría de los proyectos se van a ejecutar, al menos los más importantes; eso permite, y exige, acudir a la ciudadanía con el mensaje de que otros cuatro años son imprescindibles: la consecución de objetivos abre otros insoslayables y, en algunas materias, la definición de nuevas políticas obliga a planificar desarrollos específicos y coherentes. Paulatinamente se ha constituido un relato coherente al que atar propuestas concretas y discursos sectoriales. Será imprescindible extremar la prudencia en estos últimos meses, tan proclives habitualmente al nerviosismo o al sectarismo.



Las tensiones entre los socios del Botànic han sido mínimas, si bien aparecen problemas preocupantes en las relaciones con Podemos, probablemente derivadas de sus debates internos y de sus dificultades para apoyar un Gobierno y, a la vez, dibujar una identidad propia, en el marco de una cultura política basada más en la movilización extraparlamentaria que en resultados obtenidos institucionalmente.

Dificultades mayores han aparecido en el marco municipal, quizá por la escasez de discursos globales positivos y porque fue imposible plantear un *Botànic municipal* con sus correspondientes mecanismos de evaluación y seguimiento, algo muy deseable para el futuro, aun manteniendo elevadas dosis de autonomía para las organizaciones locales.

En muchos casos Compromís ha debido reinventar sus relaciones con la sociedad civil: algunos aliados clásicos plantearon demandas, muchas veces justificadas, sin que fuera posible atenderlas inmediatamente, generando algunas decepciones; pero en otros casos las alianzas se consolidaron y llegaron otras, algo que a veces nos ha sorprendido, pero que no deja de ser expresión de que avanzar en construir una cultura de gobierno, algo muy alejado del sentimentalismo de las intenciones y de la mera gestualidad, no es fácil ni fácilmente previsible. Ha habido, sin embargo, algunos déficits, como una relativa debilidad en la relación con grupos de profesionales, intelectuales y otros generadores y organizadores de opinión. El uso de las redes sociales ha continuado siendo un signo de identidad de Compromís, pero no puede hacernos olvidar la necesidad de mejorar y consolidar nuestra presencia en medios clásicos de comunicación.

En todas estas situaciones el trabajo de Mónica Oltra ha sido determinante, construyendo, en situaciones muy complejas, una imagen de líder comprometida con la gestión tanto como con la defensa de principios, sirviendo de referencia a buena parte del trabajo del Consell. En su estela, IdPV y Compromís han sido fundamentales para la formulación de propuestas, la construcción de la estabilidad gubernamental y la dotación de sentido a acciones que pudieron parecer dispersas en sus inicios. Muy importante sería perseverar en estas vías, incidiendo, quizá, en programas de formación, a la luz del nuevo conocimiento acumulado.

El pacto del Botánico también ha empezado a dar respuesta a las demandas de recuperar la gestión, la calidad y el alcance de los servicios públicos al País Valenciano. Décadas de dejadez con el objetivo de ir conformando una opinión mayoritaria favorable a la privatización y segregadora socialmente nos han dejado un reto nada sencillo de superar. Esta legislatura ha iniciado un camino de recuperación de servicios privatizados en educación y en sanidad y también la recuperación de medios de comunicación públicos y de calidad. Hay que continuar avanzando en este camino, con trabajo y estudios serios para conseguir solidez legal en los cambios, pero también con decisión porque nuestra ideología supone la recuperación de las políticas a favor de la garantía de derechos y de la buena gestión de la esfera de lo público.

Llegados a este momento de la Legislatura podemos ya calificar de **histórico el proceso de cambio vivido en el País Valenciano y reivindicar en él nuestro protagonismo**,

afortunadamente compartido, que significa **la confirmación de nuestras intuiciones vividas desde hace años y la posibilidad de aspirar a nuevos objetivos sin renunciar a las experiencias acumuladas.**

En muchos gobiernos, tanto municipales como también autonómicos, no protagonizamos de manera directa y no son gestionadas por nuestros Regidors y Consellers, las medidas más protagonistas de un gobierno pero, sin embargo, hay que evidenciar que los representantes y cargos de Iniciativa tienen que contribuir a crear el clima de trabajo y de confianza necesario para hacer posible que las decisiones e iniciativas, muchas veces cuestionadas por los poderes fácticos y mediáticos, puedan seguir adelante, siendo fieles al contrato social que adquirimos las últimas elecciones municipales y aportando el proyecto político de Compromís de esta estabilidad clave para que, hoy en día, se perciba el proyecto como de gobiernos al servicio de las personas, efectivos en la defensa de sus intereses, con capacidad de gestión y resolutivos.

## 6. EL FUTURO EMPIEZA AHORA

Con las afirmaciones hechas hasta ahora y la posibilidad de reflexionar y debatir, ya nos es dado imaginar un futuro inmediato con suficiente optimismo. Pero conviene -sin entrar en aspectos tácticos concretos, reservados a otros debates-, todavía, esbozar algunas reflexiones, o insistir en las hechas, para llegar a conclusiones más precisas. El hilo conductor podría definirse como la necesidad de **proseguir en nuestra línea sostenida y ya constituida en cultura política propia, pero sin negarnos a abrirnos a nuevas realidades con un espíritu autocrítico, o, más sintéticamente, a aprender a aunar la prudencia con la audacia.**

Hemos apostado por proseguir la senda del Botànic, pero no debe haber duda de que, *para que ello sea posible*, no renunciamos, con toda legitimidad, a **obtener una mayoría suficiente para Compromís en las próximas Elecciones y, por lo tanto, a alcanzar la Presidencia de la Generalitat Valenciana. Igualmente ambicionamos alcanzar el mayor número de Alcaldías o constituir un gran número de equipos de gobiernos locales.** Para ello no basta con realizar una buena campaña -en sentido amplio-, sino que es preciso reforzar nuestro bloque de apoyo, ampliando su base, eligiendo cuidadosamente las próximas listas, preparando con espíritu de experiencia de gobierno el Programa electoral y reforzando los colectivos locales, en especial en las comarcas más pobladas. Pero, sobre todo, es preciso que acertemos en una definición estratégica que nos sitúe en condiciones de vertebrar a una buena parte del electorado valenciano. Esa estrategia debería articularse en torno a varias reflexiones genéricas:

A. La crisis catalana, junto con las críticas exageradas a algunos periodos de la Historia de España y del País Valenciano, desde la Transición, como hemos apuntado, han abierto la puerta a una **crisis de legitimación del sistema que puede ser colmada por el nacionalismo españolista, que conlleva un discurso centralista y uniformador y éste, a su vez, un ataque a las fórmulas de integración social por la vía de debilitar los instrumentos esenciales del Estado social y, dado el incremento de tensiones previsible, incrementar los déficits**



**democráticos.** Ante ello es esencial hacer todos los esfuerzos posibles para no caer en la trampa del alineamiento en clave identitaria. Ello significa no sentirnos desbordados por la presión que ejerce el problema catalán, pero significa, sobre todo, que el diseño ideológico, programático y mediático, subraye nuestro carácter de izquierda. Debemos procurar que el debate público se sature de mensajes sobre el posicionamiento acerca del modelo económico, social y democrático. Y, en ese marco, **debemos situarnos como *el centro de la izquierda*** - que es algo muy distinto que ser el *centro-izquierda*. En efecto: la percepción social que hay que ayudar a construir pasa por conseguir la derrota definitiva del PP valenciano, al menos hasta que le sea posible asumir su responsabilidad y regenerar su discurso y sus liderazgos y hasta que el PP español asuma las necesidades perentorias del PV. Pero igualmente hay que poner en evidencia las actitudes contradictorias y oportunistas de Ciudadanos, dispuestos a quebrar la convivencia para cosechar votos de la derecha vergonzantemente. En el territorio compartido de la izquierda **debemos ser la garantía de que algunos no caigan en tentaciones propias del viejo bipartidismo**, que pudiera decretar que el cambio debe ir concluyendo en aras de intereses partidistas en el Estado. Pero, a la vez, también debemos presentarnos como garantes del trabajo coherente y de la idea de que **la gobernabilidad no es algo accesorio, sino un componente esencial del trabajo progresista dirigido a rescatar personas, cambiar el modelo productivo en un sentido sostenible, regenerar la democracia, ampliar la solidaridad y asegurar y renovar el modelo de Estado del bienestar**. Rehuimos el discurso identitario sin anclaje en políticas sociales, pero nuestra clave valenciana ofrece a la ciudadanía una serie de reivindicaciones que otros partidos de obediencia estatal tienen más complicado asumir: financiación justa, educación en valenciano, cultura propia, etc. **La percepción de la centralidad debe apoyarse en: programa concreto e identificable, liderazgo nítido y decisión evidente para profundizar en los cambios.** En este sentido no es jactancia decir que somos los mejor preparados para conseguirlo.

B. Todo ello no nos debe hacer olvidar que **el optimismo con el que afrontamos la nueva etapa está condicionado por las corrientes globales que analizamos antes y que están poniendo a la defensiva al conjunto de las izquierdas**: de una manera u otra esa corriente también se hará presente aquí. **Para prevenirlo y combatirlo hemos de diseñar líneas defensivas, pero, también, programas de acción positiva en materias generales.** En este sentido es esencial reforzar nuestra imagen de referentes en materias como feminismo, medio ambiente, defensa de los servicios públicos, cultura, lengua propia, etc., con capacidad de ser transversales y organizar la relación entre movimientos sociales y partido político, refuerzo a los sectores sociales que últimamente más se han mostrado capaces de movilizarse masivamente por sus reivindicaciones. Pero hay que huir de dos peligros: a) la conversión de la actividad partidaria en la reiteración de actos para la propia militancia, sin que ésta esté presente en la realidad social, múltiple y compleja; y b) concebir el discurso político como el agregado de materias en las que el consenso es fácil y sencillo. Hay que buscar materias en las que nadie está interviniendo, como los nuevos retos de la innovación y el reparto democrático del conocimiento, la lucha contra la precariedad o la nueva agenda europea. Una cuestión

particular en la que podemos ubicarnos con una cierta claridad es la defensa a ultranza de la **reforma constitucional, sobre la base de definir nuevos valores, incrementar la relación de derechos subjetivos plenamente protegidos, mejorar los mecanismos democráticos y la federalización del Estado**. Todo ello debe poder convertirnos en un referente acerca de una cuestión que, cada día, irá convirtiéndose en un eje central del tipo de debate político que nos identifica. Es una materia, en fin, que nos permite ser valientes si somos capaces de no empantanarnos en los aspectos más ideológicos y simbólicos del texto constitucional.

C. Debemos detenernos algo más en la definición que hicimos en la Convención de IdPV de hace algunos meses acerca del **valencianismo plural de la mayoría**, y que ahora debe adoptar algunos matices, si queremos **contribuir a generar un espacio político valenciano sin estar absolutamente condicionados y desbordados por tradiciones propias de otros momentos y perjudiciales para el objetivo último de que, precisamente, el valencianismo político de izquierdas arraigue en los gobiernos autonómicos y locales**.

Por varias razones. La primera porque en la construcción de un nuevo relato que promueva autogobierno, suficiencia financiera y dignidad, serán precisos muchos *momentos de transversalidad*, no para anular las diferencias sociales o culturales, sino para agregarlas en pos de objetivos comunes. En segundo lugar, porque esa pluralidad requiere de mecanismos de cooperación que nos vacunen de innecesarios conflictos, tanto los provocados por las antiguas disputas identitarias como los que nacen de la desvertebración. En tercer lugar, porque este proyecto sólo tiene sentido si se *resimbolizan* muchas cosas, si nuestra identidad no queda prisionera de debates que culminaron en *empate* hace mucho, para hacerlas depender de la evolución institucional, de la construcción de una ciudadanía consciente y de la fidelidad compartida a la solidaridad en una Comunidad social, democrática y fundada en derecho. Para que esta idea pudiera avanzar, para que cada vez haya más ciudadanos y ciudadanas que se consideren activamente valencianos o valencianas, en cuanto que eso ayude a mejorar su calidad democrática y los principios de igualdad, libertad, justicia, transparencia, sostenibilidad, hospitalidad o pluralismo, y que, por lo tanto, se sientan concernidos en defender *su autogobierno*, se requiere, al menos, del cumplimiento de varias condiciones:

a) Hay que exigir a todos los actores de la sociedad valenciana que excluyan estrictamente sin reticencias ni matices el recurso a la agresividad física o/y simbólica en todos sus niveles, incluidos los justificativos, comprensivos, etc.

b) Hay que poner en el centro de las reflexiones la vertebración territorial, sin apriorismos y dando por sentado que la desvertebración implica la ignorancia de la pluralidad en las formas de sentirse valenciano/a: hay muchas maneras de ser valenciano/a, y ninguna es más *auténtica* que las demás. Lo que hay que cerrar es la brecha provocada por conflictos internos de los que no se (re)conocen como valencianos, y la de aquellos que niegan la valencianidad de otros, que por razones históricas, lingüísticas o culturales no se pliegan al estándar identitario construido en el *cap i casa*/o diseñado por estructuras intelectuales minoritarias.



c) Es preciso asegurar el respeto al Estatuto, tomándolo como punto de partida para desarrollos legales y políticos. Así, debe ser un punto de confluencia para poder concebir la autonomía valenciana como una realidad basada en un democrático y solidario autogobierno. Esto es: como parte del Estado, lugar de encuentro de tradiciones y proyectos y puente con la UE, y no como mera *sucursal* del Estado central. El Estatuto es lo que nos hace Estado y nos legitima para actuar activamente contra las tendencias uniformadoras, y para exigir que la Comunidad Valenciana sea un actor activo en el proceso de reforma constitucional.

d) Hay que afrontar las secuelas del modelo económico sucursalista y expoliador practicado por el PP durante décadas. Una vertebración y cohesión social valencianas pasan por la recuperación de una red de servicios públicos de calidad y de gestión pública eficaz que fortalezca la confianza en las instituciones valencianas del cambio. Para contrarrestar las campañas de desprestigio de lo público, tanto de Ciudadanos como del PP, hay que avanzar en la defensa de los derechos sociales y la correspondiente concienciación de la ciudadanía.

e) La aceptación de las diferencias, la pluralidad, no supone la exclusión *a priori* de las formas simbólicas en que se expresen esas diferencias. Igual que deben aceptarse como un legado positivo los dualismos históricos, hay que pedir respeto para todas esas formas simbólicas, con independencia del uso, en los ámbitos oficiales, de aquellos símbolos reconocidos institucionalmente.

f) Con independencia de los debates democráticos que puedan establecerse en cada momento, el compromiso con la defensa, promoción y enseñanza del valenciano, de acuerdo con las reglas establecidas por la AVL y la comunidad científica, debe ser una prioridad comunitaria, modulada según las zonas de la Comunidad. Contar, sin menoscabo del castellano, con una lengua propia, compartida con la que es oficial en otros territorios, y vivir en una sociedad bilingüe, es fuente de riqueza, eje de reconocimiento y ventaja para el aprendizaje de otras lenguas.

g) No se trata de buscar un mapa de la realidad política en el que encontremos *valencianistas* contra *no-valencianistas*, sino de que cada fuerza política incorpore este ingrediente de **valencianismo plural que intenta ser mayoritario** como factor de comprensión mutua y reivindicación de lo compartido de manera compatible con sus rasgos ideológicos y su cultura política. El margen para enfatizar determinados aspectos frente a otros es amplísimo: un valencianismo político común y de la mayoría, para serlo, no puede significar renuncia de tradiciones ni alimentar sentimientos de postergación, sino encontrar en él la oportunidad de que cada *parte* puede crecer democráticamente y aportar comprensibilidad y coherencia a sus proyectos particulares.

h) Porque somos un partido de ámbito valenciano que apuesta por la vertebración del territorio, tenemos que hacer una apuesta firme por frenar la despoblación rural, es una de las lacras que más afectan a las comarcas del interior del País Valenciano. Como partido valencianista tenemos que fomentar la mejora de las comunicaciones y servicios públicos en estas zonas del país, además de un plan de empleo que se adapte a sus condiciones específicas. Puesto que

tenemos vocación de gobierno, tenemos que gobernar con la mirada puesta en el largo plazo, y una de nuestras prioridades, además de un mejor modelo social y de servicios públicos, tiene que ser una apuesta firme por un plan concreto para frenar la despoblación rural.

i) Debemos de apostar por la creación de empresas del cuarto sector en el País Valenciano, generadoras de oportunidades laborales a través de la inserción sociolaboral.

## 7. FEMINIZAR LA POLÍTICA Y ERRADICAR LA INVISIBILIDAD

### 1) LA SITUACIÓN DE PARTIDA

Las mujeres estamos acostumbradas a sufrir múltiples y variadas invisibilidades, porque todavía hoy pasa como ya dijo el movimiento feminista en 1969, que “las mujeres son demasiado visibles como objetos, pero invisibles como personas”.

Pondremos especial atención en el hecho de que muchísimas mujeres, a lo largo de la historia, pero también en la actualidad, desarrollan una actividad económica que no entraría en la calificación de “productividad”. En ese sentido, y como señala la economía feminista, hay que hacer una crítica con perspectiva de género de la teoría y el sistema económico ortodoxo actual fundamentado en el *homo economicus* y el neoliberalismo feroz, visibilizando las desigualdades de género, focalizando el cambio de un modelo productivo a un reproductivo, que sitúe las personas y las tareas de sostenimiento de la vida en su centro.

### 2) HACIA LA IGUALDAD DE GÉNERO

Esta realidad, que no nos gusta, que nos empobrece, tiene que ver con la desigualdad de género. Es una evidencia que la igualdad legal no se corresponde con la igualdad real, y que las mujeres sufrimos todos los días techos de cristal que nos impiden el pleno desarrollo de nuestras potencialidades. Todavía hoy tenemos que demostrar el doble para conseguir lo mismo que un hombre y esto es la consecuencia de un sistema social que ha segregado en dos mitades su población, considerando y valorando a una parte menos que a la otra.

El origen de esta desigualdad, este «valor diferencial entre sexos», lo tenemos que situar en el hecho social que jerarquiza entre generaciones y entre géneros y otorga a unos poder sobre las otras. Además, esta desigualdad se basa en un concepto erróneo que sitúa la capacidad reproductiva (embarazo, lactancia y crianza) como debilidad, pero a la vez la reconoce como necesaria para la supervivencia, y por lo tanto también somos susceptibles de ser dominadas para controlar ese poder. Este sistema de división social parece perpetuarse a lo largo de la historia, transformándose y adaptándose a los tiempos, pero sobreviviendo.

La división sexual de la sociedad en dos partes, en dos roles diferenciados, se da cada día, antes incluso de cada nacimiento, en función de la genitalidad, que condicionará el resto de nuestras vidas, relacionando sexo y género. Tendremos unos colores asignados, y determinarán si somos guapas o fuertes. Nos irán condicionando el futuro y, sutil e inconscientemente, nos ubicarán en la valentía o el temor, sólo por el hecho del órgano reproductor que, a priori, tenemos.

Según un reciente estudio de tres universidades norteamericanas, las niñas, a partir de los 6 años, tienen la percepción de que las mujeres son menos brillantes que los hombres. Afirma que los estereotipos hacen asociar la capacidad intelectual de alto nivel a los hombres y desincentivan la elección por parte de las mujeres de muchas carreras prestigiosas. Así que las desigualdades no sólo están presentes a nuestra sociedad, sino que las estamos perpetuando,





encerrando a los niños y las niñas dentro de esferas represoras, que los condicionan y los limitan. Es como si criásemos seres incompletos, como si les tapásemos uno de los dos ojos al nacer.

Vivimos en una sociedad que invisibiliza a la mitad de su población, pero que, a la vez, de manera inconsciente, sutil pero sistemáticamente, perpetúa esta situación a través de los niños y las niñas, que son otros grandes invisibles, ya que, en su caso, no solamente no son vistos, sino que tampoco son escuchados: somos las personas adultas las que hablamos en su nombre.

Por eso era tan importante trabajar para uno de los colectivos más invisibles, más ignorados y con más necesidad de reivindicarlos como personas y como sujetos de derecho. La promoción desde edad temprana de la igualdad, de los derechos de la infancia es, por lo tanto, uno de los objetivos de este partido que hará avanzar al conjunto de la sociedad valenciana, y por eso trabajaremos para impulsar la Ley Valenciana de Infancia y Adolescencia, en la que se impulsa la participación ciudadana de los niños, niñas y adolescentes, y se les reconoce el derecho a ser escuchadas y escuchados, a la información, cultura, el ocio educativo, etc. Pero, fundamentalmente, trabajaremos en la promoción de dicha igualdad, y de la equidad y la corresponsabilidad.

Es imprescindible incidir en este ámbito temprano porque las desigualdades no son un hecho natural, sino construcciones sociales. Por eso es tan importante trabajar desde la base para construir relaciones igualitarias y desmontar estereotipos. Y estas actuaciones tienen que llevarse a término en los ámbitos donde empieza la socialización, en el ámbito educativo. La única manera de cambiar la sociedad es trabajar desde las raíces, con los niños y niñas, sus familias y con una buena formación del profesorado. Tenemos que trabajar por la formación en igualdad y convivencia en los centros educativos, y también por la erradicación de las actitudes machistas, de la mano de las entidades feministas, asociaciones de mujeres, profesionales y ámbito educativo, para diseñar un Plan de Coeducación y Prevención de Actitudes Machistas en el ámbito educativo.

Hay que hacer una revisión con perspectiva de género del currículum escolar y material educativo, porque los niños y sobre todo las niñas necesitan referentes femeninos para poder desarrollarse sin limitaciones, sin falsas creencias sobre su valía, ya que, como se ha dicho, las limitan desde edades muy tempranas. La lucha por la igualdad responde no sólo a imperativos de carácter ético. Incluso desde un punto de vista económico “ortodoxo”, como el que representa por ejemplo Christine Lagarde, se reconoce que “para lograr una mayor prosperidad compartida, hay que aprovechar el poder económico de las mujeres”.